

De Kiev a la Alcarria



Miguel Ángel González Merino



cuentos para la diversidad

8

Alicia tenía treinta y dos años. Era una mujer extraordinaria, se defendía bien en el mundo con su trabajo de maestra en una escuela de educación infantil y primaria situada en un pueblo de la provincia de Guadalajara. Le costó mucho acostumbrarse al pueblo debido a su origen urbano. Llegó a los veintiséis años a aquel lugar y, después de experiencias muy agradables, decidió pasar el resto de su vida en aquel sitio recóndito de la sierra alcarreña.

Todos los niños que tenía en su clase estaban muy contentos con ella. Andrés, el más avisado, se enamoró cuando la vio por primera vez. El chaval iba diciendo a diestro y siniestro que su maestra iba a ser su novia cuando fuera mayor y bombero, como su padre. Tan pesado se ponía a veces Andrés, que Alicia sonreía y daba su asentimiento a la boda.

La escuela donde da sus clases a los niños está a las afueras del pueblo, justo al final de la serpenteante calle principal, en lo alto, donde empieza el frondoso bosque. Porque el pueblo, por su parte de arriba, vierte sus ventanas a una gran montaña cubierta de grandes pinos silvestres y densos melojos. El lugar es precioso, de ensueño, tiene un casco medieval donde las calles son estrechas y los balcones enfrentados se dan constantes abrazos de alegría por sentir de continuo el dulce calor humano.

Un día de octubre, cuando los niños llegaron por la mañana a la escuela, se encontraron a Alicia con un niño nuevo a su lado, más alto que

todos ellos, con los ojos azules y el color de pelo como los campos en agosto. La maestra les presentó al nuevo compañero. Se llamaba Julián y había llegado al pueblo porque a sus padres, que eran médicos, los habían trasladado al hospital de aquella región. Les encargó a todos que hicieran lo posible para que su nuevo compañero se sintiera plenamente integrado.

Andrés comenzó a hacerle un montón de preguntas como ¿de dónde venía?, ¿cómo era su anterior pueblo?, ¿tenía amigos? A estas preguntas se unieron las de Manuel, Víctor y Marta. Al ver la expectación que producía Julián entre sus compañeros, Alicia le dejó contestar ante aquella avalancha. Así resultó ser que Julián había estado viviendo en Madrid, en un barrio llamado Chueca que no se parecía en nada a aquel pueblo de Guadalajara, porque, según él, era un barrio lleno de tiendas de todo tipo, de restaurantes y de un montón de cafeterías donde los enamorados se encontraban para besarse y todas esas cosas que hacen los mayores cuando se gustan. Todos sintieron fascinación por lo que les contaba Julián de Madrid y de su barrio. Esto hizo que desde el primer momento se sintiera integrado con los demás niños. Aquel día fue muy especial para él pues sentía la novedad y el centro de atención, ya que en su barrio pasaba más inadvertido.

Al terminar la escuela, su padre Alberto estaba esperándole, cosa que molestó mucho a Julián porque a los demás niños nadie les iba a buscar, puesto que aquello era un pueblo y no había peligro de tráfico.

Todos los niños vieron lo alto y guapo que era su padre, incluso Alicia, al verlo, se ruborizó un poco cuando Alberto la saludó con una sonrisa.

Al día siguiente Julián todavía seguía causando expectación y se enteraron, para sorpresa incluso de Alicia, de que en realidad había nacido en Kiev. Entonces la maestra tuvo que explicar dónde estaba aquella lejana ciudad europea. Al saber esto, todos los niños, el primero Andrés, le preguntaron que qué hacía en España y el asombro fue mayor cuando, con toda naturalidad, Julián les dijo que era porque él era un niño adoptado, ya que su madre le había abandonado, cuando nació, en un orfanato. Alicia se quedó de piedra por la naturalidad con la que aquel niño contó su historia, como si fuera una simple anécdota. Pero más sorprendida se quedó cuando la reacción de los demás niños fue sentir más devoción por Julián. El día lo pasaron intentando saber cosas del país del nuevo niño. Cosas que les tuvo que explicar Alicia, pues Julián llegó a España cuando tenía cuatro años, y ahora tenía ocho, por lo que poco se acordaba de su país de origen. Al llegar la hora de la salida, los últimos en abandonar la clase fueron Julián y Andrés que, en aquel momento, ya eran amigos inseparables. En la puerta del patio, Alicia observó que había un señor y cuando Julián lo vio, corrió a darle un abrazo y se abalanzó sobre él como si hiciera muchísimo tiempo que no lo hubiera visto. ¿Quién sería?, se preguntó Alicia, y se dirigió a él presentándose como la maestra. Julián, con un contundente orgullo, le presentó a David, su otro padre. Alicia se quedó perpleja, asombrada,

extrañada, y miró rápidamente a Andrés, que se había quedado tan sorprendido como ella. Con la inocencia más natural de un niño, Andrés le dijo a Julián que tenía mucha suerte por tener dos padres con los que jugar a fútbol. Esa noche todo el pueblo se había enterado de que Julián, el niño nuevo, era adoptado, venía de Ucrania y tenía dos padres.

Al día siguiente, todo parecía normal. Las primeras clases se desarrollaron como si nada hubiera pasado. Pero en el recreo, observó que Julián y Andrés estaban muy solos, muy tristes, sin jugar con los demás niños. Les preguntó que si les ocurría algo y Andrés, con su descarado habitual, explicó que Manuel y Víctor habían insultado a los padres de Julián porque decían que eran unos maricas y que Julián defendió a sus papás. Le contó también cómo en la cena de la noche anterior su padre, el bombero, había echado la bronca a su madre por decir a todo el mundo que el niño nuevo tenía dos padres. Porque, según su padre, cada uno hace en su casa y con su cuerpo lo que le da la gana, y su padre le dijo que siguiera siendo amigo de Julián aunque la gente del pueblo murmurase sobre la vida de su familia y a sus padres les llamasen maricas.

Alicia dejó pasar el incidente, pero antes dio su apoyo a Julián y Andrés. Fueron pasando los días y en el pequeño pueblo no se hacía otra cosa que hablar de Julián y de sus padres y de lo que éstos, con su forma rara de ser podían influir en la educación del niño.

Un sábado por la mañana, los buzones de todas las casas tenían una carta de Alicia invitándoles a todos al día siguiente a ir a la escuela, donde la maestra iba a escenificar un cuento. De modo que todos los vecinos aquel domingo, después de ir a misa, claro, se dirigieron a la escuela, incluidos Julián y sus padres. Hubo un murmullo general al verlos entrar. Andrés se quiso sentar al lado de su amigo, cosa que también hizo su padre, el bombero, dando una muestra de apoyo. Estaba todo el pueblo metido en aquella sala de la escuela, expectante, cuando de repente apareció Alicia vestida de payaso. Las risas fueron múltiples, y de repente empezó a contar una historia de una niña que vivía en una gran ciudad. Tenía siete años cuando sus papás se divorciaron porque no se querían. Y su padre se fue a un país lejano. Aquella niña se quedó sola con su mamá hasta que apareció en sus vidas Clara, la vecina, y se hizo muy amiga de su madre. La niña empezó a estar muy contenta porque veía a su madre feliz, ella siempre estaba con Clara, siempre haciendo cosas juntas, y Clara no se separaba de ellas. A la niña no le molestaba porque aprendió muchas cosas de esa mujer, aprendió a tolerar más a sus amigos, a saber entender las diferencias de los demás, a ser mejor persona. Hasta que un día, cuando aquella pequeña muchacha cumplió los ocho años, en su fiesta, su madre le dijo que iba a hacerle un gran regalo y le pidió que cerrara los ojos. Cuando los abrió se encontró con Clara, la vecina con la que tantas cosas habían pasado y de la que tanto había aprendido. La niña no entendió nada, pero su



madre le dijo que otra madre era el gran regalo que tenía para ella. No se lo podía creer, no daba crédito a lo que le estaba explicando, le parecía algo increíble. No entendía por qué tenía que ser otra mamá y no otro papá. Hasta que su madre le explicó que las personas mayores tienen muchas formas de amar y que por fin había encontrado su gran amor en Clara, y que a partir de entonces ésta también iba a ser su mamá. La niña dudó un instante y pensó que era mejor tener dos madres que sólo una. Y de este modo vivieron felices y aquella niña se convirtió en una mujer lista, cariñosa, tolerante y, sobre todo, muy, muy, muy querida por los niños a los que ahora daba clase. Y, de repente, Alicia preguntó a su asombrado público si sabían quién era esa niña. Entonces, el avispado de Andrés levantó su mano rauda y gritó con gran alegría: ¡si eres tú! Alicia, llorando, cogió a Andrés, lo abrazó, lo besó, y dijo: ¡pero qué listo es mi pequeño bombero!

cuentos para la diversidad

1. A clase como si nada - Celia Díaz Pardo
2. Adolescencia - Juana Cortés Amunárriz
3. Artyon - Felisa Benítez Izuel
4. Boda en Regaliz - Fátima Verona Martel
5. Carlos y el fútbol - Roberto Ismael Castón Alonso
6. (Casi) como los demás - Juan Senís Fernández
7. Compañeras - Juana Cortés Amunárriz
8. De Kiev a la Alcarria - Miguel Ángel González Merino
9. Dos padres - José Luis Muñoz
10. El cumpleaños - Elena Verdi
11. Jarabes mágicos - Herminia Dionís Piquero
12. La princesa valiente - Arancha Sánchez-Apellániz Sanz
13. La tortuga Suga y el concurso de disfraces - Elena orión
14. Los amantes del mar - Nicanor Suárez Hernández
15. Luci - Juana Cortés Amunárriz
16. Max - Javier Termenón
17. Me quieren - Javier Termenón
18. Mi amigo Vania - Esperanza Mendieta
19. Mis tíos favoritos - José Antonio Cortés Amunárriz
20. Ni carne ni sopa - Pola Gutiérrez Alegre
21. Nicolás tiene dos mamás - Juan Carlos Manteca y Natascha Rosen
22. Sedna. Un planeta diferente - Lorena Castro Salillas
23. Un suspiro ha nacido - Noelia Verona Martel
24. Una familia diferente - Sergio Zeni Beni
25. Una familia muy especial - Juana Cortés Amunárriz
26. Villa Pared y Villa Sol - Emmanuel Vila Ibarlucea
27. Yo - Esperanza Fernández